

**DEL
VATICANO II
A LA IGLESIA
DEL PAPA
FRANCISCO**

Cincuenta años de posconcilio

JOAQUÍN PEREA



Diseño: José Ignacio Molano / Estudio SM

© 2015, Joaquín Perea González
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Dedicado a mis amigas Gregori Mugarra (†)
y Mabel Martínez, sin cuya cercanía,
ánimo y apoyo no hubiera sido posible este libro.

INTRODUCCIÓN

EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO

MEMORIA VIVA DEL PASADO,
IMPULSO PARA EL PRESENTE,
PROYECTO DE FUTURO

El amable lector que comienza a hojear con curiosidad este libro debe conocer el hilo que enhebra sus apretadas páginas. Los materiales de los que está construido corresponden a diversos artículos publicados en revistas cuya referencia precisa se ofrece al final. Pero esos bloques han sido reestructurados de acuerdo con un proyecto que se resume ya en el título. ¿Cuál ha sido el movimiento histórico, latente o no explícito, que subyace a los eventos eclesiales de los últimos cincuenta años?

Para responder a la pregunta conviene hacer un rapidísimo trazado de algunas realidades que jalonan el camino de la Iglesia en este medio siglo y que nos ayudan a situarnos en el momento histórico en que nos encontramos, tan nuevo y tan diverso de entonces, y tan necesitado, hoy como entonces, de la alegría del Evangelio. Lo vamos a hacer proponiendo cuatro etapas entramadas sutilmente entre sí: la euforia del primer posconcilio tras el malestar bajo Pío XII; las contestaciones surgidas inmediatamente en el segundo período posconciliar; la restauración bajo Juan Pablo II y Benedicto XVI, y las expectativas suscitadas por el papa Francisco y los interrogantes sobre el futuro de la Iglesia.

1. Euforia del inmediato posconcilio

Para una Iglesia que parecía anquilosada en el escenario de un mundo transformándose en ámbitos muy significativos, el Concilio

Vaticano II supuso un auténtico torbellino de cambio. De pronto se abrieron las ventanas y una bocanada de aire fresco oxigenó a la comunidad católica. Un clima nuevo, un espíritu distinto, invadió la Iglesia toda. Fue una inflexión histórica.

Entre los aspectos positivos del Concilio que causaron entusiasmo destaca, sin duda alguna, la renovación litúrgica, que dio respuesta a los múltiples deseos del movimiento iniciado a comienzos del siglo xx; basta con recordar –como podemos hacerlo quienes peinamos canas– las celebraciones de «la misa», de los sacramentos, de la oración de la Iglesia, hechas en una lengua incomprensible para el pueblo de Dios, y caeremos en la cuenta del cambio de galaxia que supuso la implantación de la lengua vernácula. El diálogo con Dios a partir de su Palabra se hace inteligible y directo. El sujeto de la celebración no es el cura, sino la comunidad cristiana presente. Las celebraciones se han liberado de su atadura unilateral al rito romano y están abiertas a la inculturación en las diversas lenguas, costumbres y culturas de la Iglesia universal. La distribución de las lecturas se ha ampliado, de forma que los creyentes pueden escuchar (o leer) los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento en toda su riqueza. En síntesis: son muchos los laicos que consideran la nueva comprensión y vivencia de la eucaristía como la clave de todo lo recibido del Vaticano II.

Tampoco se puede desconocer el sí fundamental del Concilio a la renovada ciencia bíblica, que ha conducido a un estudio intensivo de la Sagrada Escritura y a una transmisión del mensaje bíblico de acuerdo con el cambiado horizonte de comprensión del lector de hoy en día. Fue un extraordinario descubrimiento vivir la fe a partir de y como respuesta a la Palabra escuchada, tener la oportunidad de tomar la Biblia en las propias manos sin tutela clerical.

Otro salto increíble lo constituyó la prioridad subrayada por el Concilio en relación con el pueblo de Dios, concepto que se volvió a recuperar después de tantos siglos de olvido y exclusión. El centro de interés pasó de una Iglesia de clérigos a la totalidad de la comunidad, puesto que, según el Nuevo Testamento y la más antigua

tradición, todo el pueblo de Dios participa del sacerdocio, el profetismo y la realeza de Cristo. La Iglesia se consideró esencialmente participativa. Brota y se expande la convicción de tener un derecho nativo a ser miembro pleno del pueblo de Dios implicado en las decisiones de la Iglesia, de sentirse identificado con la comunidad, ser alguien, no un número, sino sujeto personal.

Consecuentemente, los laicos tienen entrada plena en la misión evangelizadora, han de ser apóstoles y misioneros. Frente a la anterior concepción, tan pietista que separaba fe y vida, desde este momento la fe se despliega como compromiso en el mundo. A partir de la convicción de ser deudores de la fe recibida en la comunidad de creyentes se siente nacer la obligación de transmitirla a otros.

Ello va incorporado a una sensación de libertad, de apertura, de tolerancia. Se inicia una nueva era de liberación de aquella religiosidad rigurosa, centrada obsesivamente en el cumplimiento de las normas, que formaba personalidades cristianas reprimidas. El Concilio apela a la conciencia personal más que a la norma.

Vinculado al tema de la libertad de conciencia, respetándola como ámbito último de las propias decisiones morales, se encuentra en el ámbito social y político la declaración conciliar sobre la libertad religiosa, especialmente importante en nuestro país, donde el episcopado mantenía a pies juntillas la idea del Estado confesional y transpiraba nacional-catolicismo.

La recuperación de la antigua imagen de Iglesia llevó también en la praxis al hecho de que hombres casados pudieran ser ordenados diáconos permanentes y a que muchos hombres y mujeres participaran como cristianos adultos en la orientación y gestión de la vida de las comunidades, ejerciendo ministerios eclesiales estables.

En coherencia con esta visión de la Iglesia como pueblo de Dios se encuentra también el hecho de que el ministerio episcopal fuera valorado como ministerio de presidencia de las Iglesias locales y como un colegio en torno al papa, a quien debía asesorar y acompañar en la dirección de la Iglesia universal.

Durante este período, la constitución *Gaudium et spes* ocupa un lugar especial por significar más que ningún otro documento el nuevo espíritu de apertura de la Iglesia hacia el mundo; es el texto que mejor simboliza su *aggiornamento*. La Iglesia está atenta a los signos de los tiempos, se acerca, se integra, asume, dialoga sin complejos con la modernidad, con el mundo secular, sintiéndose portadora de un mensaje que se experimenta como positivo para la humanidad. Y se compromete también con ese mundo. En coherencia con lo enseñado por dicha constitución se ha desarrollado un vivo interés por «el mundo» y por sus habitantes, no solo –como antes– desde el punto de vista de la actuación misionera en él, sino ante todo desde el de la preocupación por aquellas personas que, como consecuencia de la evolución política o socioeconómica, pertenecen a los pobres, por quienes Jesús tuvo una preocupación prioritaria. En síntesis, esta constitución refleja la recuperación del humanismo cristiano: ser cristiano es actuar humanamente en toda su profundidad.

Se promovieron igualmente los esfuerzos para superar las divisiones entre los cristianos; el clima del diálogo interconfesional se expandió poderosamente, el ecumenismo se constituyó en prioridad en muchos meridianos. Realmente único en la historia de la Iglesia ha sido el impulso al diálogo con los judíos y con las otras religiones, sin abandonar la convicción de la verdad de la propia. Fue un verdadero regalo del Espíritu el que los católicos se abrieran a lo verdadero y lo bueno que se encuentra en las otras religiones. Para los hijos e hijas del Vaticano II, la libertad religiosa y el respeto a la búsqueda de la verdad por parte de otros creyentes es algo obvio e incuestionable. Tal enseñanza despertó una actitud de acogida y no de rechazo para con los creyentes de distinto signo y también para los no creyentes. Se tendieron manos y se construyeron puentes.

Hasta aquí algunos aspectos positivos de lo que supuso el Concilio Vaticano II para quienes se asomaron, nos asomamos, a responsabilidades eclesiales a mediados del siglo pasado. Son solo unos rasgos significativos; muchos otros podrían señalarse. En conclusión: el Vaticano II ha llegado a formar parte sustancial del discurso

de fe de muchos creyentes, que lo consideran un referente fundamental en la maduración de su vida cristiana. Sus logros más importantes podrían considerarse definitivos, si no fuera porque...

2. Contestación en el «segundo posconcilio»

Surgió como efecto de diversos fenómenos ni previstos ni queridos por el Concilio, que no pueden ignorarse o silenciarse. Sus adversarios los cargaron en el debe de la cuenta conciliar, las más de las veces sin distinciones ni matices. Y ello a pesar de que, como los historiadores de la Iglesia saben, fenómenos análogos sucedieron después de muchos concilios.

Consecuencias del Concilio fueron el que tanto la reforma litúrgica como la nueva relación con las otras confesiones cristianas, la apertura al mundo, la concepción del ministerio y de la vida consagrada, etc., condujeron a algunas interpretaciones equivocadas e introdujeron inseguridades y confusiones en el seno del pueblo de Dios. Hubo fallos en la traslación a la práctica de los documentos y criterios conciliares, superficialidad en la presentación del mensaje cristiano, descuido de una catequesis honda y amplia a partir del impulso formativo que brotó en el Concilio.

Tales libertades, impensables en la época preconiliar, son explicables como reacción a una dirección eclesiástica que había sido demasiado estrictamente jurídica. No es de extrañar que desataran fuertes reacciones entre muchos católicos conservadores, tanto individuos como comunidades; también entre algunos teólogos, que aprovecharon la ocasión para subrayar las debilidades de determinados documentos conciliares. Todos ellos encontraron un firme apoyo en los ámbitos oficialistas y en obispos de la minoría conciliar. Se favoreció una serie de intervenciones contrarias que, bajo la intención declarada de rechazar novedades inaceptables, bloquearon desarrollos que iban en el sentido querido por el Concilio. Se sostuvo la necesidad absoluta de mantener lo tradicional, lo habi-

tual, la costumbre, que no tiene que justificarse, frente a todo lo nuevo, que eso sí tiene que justificarse. Se silenció que también lo acostumbrado y lo habitual puede encontrarse en un extremo. Y se olvidó que, como decía Rahner, en la Iglesia ha de existir un «tuciorismo» del riesgo¹ que en determinados casos ofrece más perspectiva de victoria para el Evangelio que la precaución prudente, pero estéril.

No podemos olvidar la lamentable ruptura de la comunión con la Iglesia de Mons. Lefebvre y sus seguidores tradicionalistas, que rechazaron, entre otras, dos manifestaciones esenciales del Concilio: la reforma litúrgica y la declaración sobre la libertad religiosa.

Un fenómeno concomitante fue el descenso abrupto tanto de la participación del pueblo cristiano en el culto como de las vocaciones al ministerio y a la vida consagrada.

El conjunto de realidades negativas, o al menos problemáticas, que acabamos de describir –también aquí podrían añadirse otras– llevó a muchos a afirmar de manera muy simplista que este proceso de secularización era fruto del Concilio. Sociólogos de autoridad han mostrado hasta la saciedad que las causas del fenómeno son muy complejas y que tal conclusión es falsa. Pero, a pesar de ello, la coartada de los neoconservadores ha seguido esgrimiéndose hasta nuestros días.

3. La restauración

Este tema será desarrollado más adelante, por lo que ahora solo dibujamos un par de trazos. Puede decirse que, en los últimos treinta años, los pontificados del posconcilio y la jerarquía de nuestro país,

¹ El tuciorismo –del latín *tutior*, «lo más seguro»– es el sistema moral que mantiene que ante la duda o en puntos discutidos de comportamiento hay que seguir la opinión más segura. Nótese el juego de conceptos de Rahner, para quien lo más seguro puede ser arriesgarse.

dicho sea con todo respeto, no solo no han alentado a poner en práctica algunas de las decisiones del Concilio Vaticano II más valientes o arriesgadas, sino que han trabajado con firmeza para reconducir a la Iglesia por un camino que muchos han considerado de retroceso. El frenazo restauracionista dado al Concilio Vaticano II «desde arriba» no tuvo lugar en un momento histórico concreto mediante una decisión determinada. Fue desarrollándose paulatinamente. Las ventanas que se habían abierto –por utilizar la expresión de Juan XXIII en su discurso del 25 de enero de 1959 anunciando su intención de convocar el Concilio– se cerraron poco a poco. Desde dentro del gueto se ha ido poniendo bajo sospecha lo que sucedía «fuera», en el mundo.

Tras los acontecimientos de 1968 y la llamada «revolución cultural», acompañada de revueltas estudiantiles en muchos países occidentales, la sociedad ha evolucionado rapidísima y profundamente, pero la Iglesia no solo no ha sabido caminar al mismo ritmo para dar respuesta a los problemas suscitados por las generaciones jóvenes, sino que se ha movido en retirada. No son pocos los que opinan que se ha perdido ya el tren del futuro.

El Concilio aparece como chivo expiatorio al que los más reaccionarios culpan de lo que consideran los males de la Iglesia de nuestro tiempo, originados, dicen, por algunas de las desviaciones que antes hemos señalado. El relativismo de la fe y de la moral, la religiosidad de «baja intensidad», el abandono de la práctica sacramental, el aumento de la increencia, la huida de la Iglesia de la generación joven, etc., son argumentos contra el Concilio: él ha acarreado todos esos males a la Iglesia. Aunque los indicados fenómenos plantean cuestiones muy complejas, cuyo análisis exige un estudio detenido de carácter científico sociológico, sirven a no pocos para justificar la adopción de posiciones neoconservadoras.

Debemos reconocer que el incumplimiento de las metas propuestas por el Concilio no se debe solo al frenazo dado por Roma y por la jerarquía. Muchos laicos no han acabado de asumir completamente el reto de ejercer con todas las consecuencias el protago-

nismo que les corresponde, entre otras cosas porque constituirse en evangelizadores es arduo, complicado, y muchas veces no se ha estado preparado para ello. No se puede ignorar la falta de puesta en práctica de los documentos conciliares en la cotidianidad eclesial del pueblo de Dios; durante los años del primer posconcilio se nombró mucho al Vaticano II, pero no se profundizó en él con todas sus consecuencias; no se tradujo a la realidad, por inercia o por pereza para poner en práctica sus exigencias más comprometedoras; sus propuestas no se interiorizaron lo suficiente para luego llevarlas a la práctica.

Como consecuencia del secuestro del Concilio por parte de la ola neoconservadora, del recorte de sus potencialidades y del freno a la libertad iniciada se produjo primero una situación de perplejidad en el pueblo de Dios al ver que la máquina daba marcha atrás. Las esperanzas iniciales se fueron diluyendo poco a poco, con la consiguiente frustración de muchos. Cundió la decepción al contemplar un derrotero en el que no se ponían en práctica aquellas orientaciones conciliares que significaban un verdadero salto cualitativo y que parecían hitos irreversibles. Cosas que se daban por hechas empezaron a cuestionarse, y poco a poco fueron suprimidas autoritativamente y seguidas al pie de la letra por generaciones de jóvenes presbíteros, para quienes, paradójicamente, el Concilio Vaticano II no es tenido como referente. En resumen: se difundió un recuerdo teñido de nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue.

4. Expectativas suscitadas, esperanzas y deseos

El proceso, que parecía en caída libre, sufrió una parada en seco al atardecer del 13 de marzo de 2013. Un obispo venido de la periferia se asomó al balcón de la basílica de San Pedro de Roma para saludar a su pueblo, el de la Iglesia local romana y el de la comunión de las Iglesias del mundo. Una nueva etapa comenzaba. Cincuenta años después de concluido el Concilio estalló la convicción de que

este gran olvidado de las jóvenes generaciones de creyentes es un tesoro que ha de ser recuperado. Se encendió una nueva luz con la llegada a Roma del papa Francisco. Sus manifestaciones constantes sobre la necesidad de volver al Vaticano II como referencia para el presente y el futuro de la Iglesia están produciendo un eco profundo. Se vive la sensación de que la puesta en práctica del Concilio está por culminar, porque bastantes de sus enseñanzas, algunas de hondo calado, aún permanecen inéditas.

Nadie pone en duda que en este medio siglo de historia civil y eclesial hemos experimentado cambios sustanciales. La recepción del Concilio Vaticano II, como la de todos los anteriores y la de la misma tradición viva de la Iglesia ha de hacerse a partir de la realidad histórica presente: quienes transmiten la tradición viva han de estar en una posición de fidelidad al contenido del mensaje y de aprendizaje en relación con la situación histórica que viven. Quiere esto decir que las mejores intuiciones, los pronunciamientos más proféticos del Concilio, bastantes de los cuales han sido olvidados o ignorados, deben ser releídos, reencontrados, reinventados para encontrar en ellos una fuente de renovación cristiana y eclesial profunda.

Ahora bien, el Concilio Vaticano II tuvo un carácter marcadamente occidental. Fue la teología europea la que plasmó su imagen de Iglesia en los documentos conciliares. Pero en estos cincuenta años el planeta ha cambiado. Europa ya no es el ombligo del mundo, la cultura es policéntrica. Lo cual exige que la Iglesia deje de ser eurocéntrica: su horizonte ha de ser global, pues, de lo contrario, su diálogo con el mundo no será tal, sino fragmentario e incompleto.

Si queremos mirar hacia adelante no es para soñar sueños vacíos, sino para hacer propuestas que tienen como referencia las riquezas que atesora el Concilio. Hemos de rescatar aspectos aún inéditos, quedan por explorar pronunciamientos y exigencias que alumbró aquel acontecimiento. Nos encontramos en un momento histórico muy particular, inmersos en una crisis profunda, cuando se están quebrando espejismos y desmoronando construcciones que

parecían inmovibles. En muchos ámbitos se perciben indicios de búsqueda de un mundo mejor, de un deseo de retorno a lo esencial, a los auténticos valores humanos. Es este un momento de escucha hacia dos direcciones simultáneamente: al tiempo en que vivimos y al Evangelio eterno. En este tiempo debemos proclamar la Buena Noticia de Jesús con la convicción de que ese mensaje conecta en profundidad con los anhelos mejores del ser humano, y que el mundo de hoy necesita más que nunca el proyecto de vida feliz que nos propone Jesús.

¿Cómo hacerlo? La respuesta parecería sencilla. Si uno de los mayores descubrimientos que nos hizo el Vaticano II fue que la Iglesia somos todos, bastaría con que nos organizáramos y pasáramos a la acción, que todos asumiéramos los nuevos desafíos. Pero esta respuesta es demasiado simple. Porque, ¿cuáles son las asignaturas pendientes que deseáramos que estuvieran aprobadas si se hubiera cumplido en todos sus extremos la propuesta conciliar? No es difícil hacer un listado de propuestas conciliares pendientes de realización, así como de otras cuestiones que a lo largo de este medio siglo han ido apareciendo. Las iremos desgranando a lo largo de todo el libro.

5. Interrogantes en el horizonte

Hasta aquí una propuesta de lectura de los cincuenta últimos años de vida eclesial como hebra que hilvana la problemática que queremos abordar en las páginas que siguen.

En este momento histórico se abre de nuevo ante la Iglesia el abanico de preguntas definitivas acerca del futuro sobre las que hablaremos en el capítulo último. Todas se refieren a la cuestión de si ella podrá acercarse, comprender y dialogar con la cultura de la actual posmodernidad avasalladora, de la economía neoliberal, de la búsqueda de placer ilimitado, del consumo sin freno, pseudovalores tan alejados del Evangelio. ¿O habrá que dar la razón a quienes

insisten en retornar a los cuarteles de invierno, a la seguridad de las identidades?

Contemplando el horizonte parece que los miembros de la Iglesia hemos de aprender a movernos en un mundo en crisis, donde ya no somos protagonistas, en diálogo con las mayorías, que ya no piensan como nosotros, con una espiritualidad a la intemperie.

El papa Francisco nos dice que tenemos derecho a soñar de nuevo, y además con alegría. Nos habla de una Iglesia de la misericordia, de la reforma permanente, es decir, de la conversión continua, una Iglesia hospitalaria, acogedora, de la comprensión y el encuentro fraterno, una Iglesia que propone y ofrece el gran regalo: la alegría del Evangelio de Jesús.

Pero sucede que, en estos comienzos del tercer milenio, toda la cristiandad, al menos occidental, se encuentra en una crisis muy seria. Afecta no solo a la Iglesia católica, sino también a otras confesiones cristianas e incluso a las grandes religiones. A la Iglesia católica la pone frente a la misma gran misión y tarea que dio ocasión al Vaticano II. Aunque este regalo de Dios a su Iglesia no ha podido impedir dicha crisis, sin embargo ha sentado los principios que muestran el camino a cuyo través la Iglesia puede cumplir su tarea en el tercer milenio.

La cuestión central que se le presenta a nuestra Iglesia es la de saber cómo la humanidad hoy y en el futuro puede ser guiada a la fe en Dios y ser fortalecida en esa fe.

Solo apoyados por la ayuda del Espíritu, que libra de la fijación en lo aparente, podremos percibir en toda su pureza y en toda su fuerza el mensaje del Evangelio como mensaje liberador, responder a él con la fe en Dios y en su Hijo Jesús y dar testimonio en nuestra vida de la alegría de sabernos salvados.

Con este objetivo han sido escritas las páginas que siguen.

LOS MATERIALES DE LA CONSTRUCCIÓN

El texto que se ofrece a continuación es una reelaboración de varias publicaciones anteriores. El plano que nos ha guiado para construir el edificio ha sido el expuesto en las páginas introductorias, habiendo buscado ahondar en el trasfondo de la problemática ahí señalada.

- «“He tenido un sueño”: la figura de la Iglesia en el inmediato futuro», en *Iglesia Viva* 200 (1999), pp. 55-82.
- «Actitudes personales y estructuras necesarias para resituar a la Iglesia al servicio del Reino», en *Fórum «Cristianisme i mon d'avui, Regne de Déu i conflicte»*. Valencia, 2003.
- «Dialogar desde los signos de los tiempos: tarea pastoral de la Iglesia», en *Una Iglesia en diálogo. Actualidad de la «Gaudium et spes» (1965-2005)*. Cuadernos «Isidorianum», 3. Sevilla, 2005.
- «¿Un pueblo que “camina hacia la ciudad futura” (LG 9) o que desfila hacia el gueto?», en *Iglesia Viva* 224 (2005), pp. 43-66.
- «¿Acontecimiento del Espíritu o corpus documental a aplicar con fidelidad?», en *Iglesia Viva* 227 (2006), pp. 45-72.
- «El caminar de la Iglesia en la hora actual», en *Surge* 66/645 (2008), pp. 3-42.
- Cristianos y cristianas de hoy ante la crisis de la institución*. Bilbao, Ostargi, 2010, pp. 31-54.
- «Disentir para reformar la Iglesia», en *Iglesia Viva* 245 (2011), pp. 61-100.
- «Fidelidad creativa al Concilio. “Qué dice el Espíritu a las Iglesias” (Apoc 2)», en *Iglesia Viva* 250 (2012), pp. 31-60.
- «Papa Francisco. De los gestos a la gestión», en *Iglesia Viva* 255 (2013), pp. 125-136.

EN LA ESTACIÓN DE SALIDA CON VIAJEROS EN SITUACIÓN CONFUSA

Los primeros pasos dados por el papa Francisco parecen significar el comienzo de un recodo en el camino que estaba recorriendo la Iglesia en los últimos treinta años por lo menos. Se estaba verificando un proceso que nos conducía inexorablemente a un gueto cerrado, al margen de los problemas reales del mundo, del conjunto de la sociedad. La encíclica programática papal ha sido una llamada a constituirnos como «Iglesia en salida» (EG 20-24). La pregunta que plantea inmediatamente esa convocatoria es: ¿camina la Iglesia hacia un modelo más evangelizador, se esfuerza en realizar la propuesta papal de considerarse *semper reformanda*?

La situación en que el papa la encontró al asumir su ministerio de comunión más bien podría calificarse de inmersa en la confusión. Cincuenta años después del Concilio no era perceptible un movimiento amplio y articulado en relación con la reforma de la Iglesia. Bastantes se manifestaban convencidos de que las discusiones constantes sobre la reforma solamente traen innecesarias inquietudes al propio campamento, y además dañan la capacidad de arrastre de la Iglesia católica en el ámbito público. Los puntos cruciales del Concilio, aunque se mantenían generalmente como fundamentos reconocidos de la Iglesia católica actual, estaban siendo silenciados, a veces tergiversados, o no eran igualmente valorados por todos.

Por otra parte, tampoco cabría decir que la imagen visible de la Iglesia estuviera marcada por graves conflictos abiertos. Más bien estaba sucediendo un fenómeno de desenganche. La vinculación a la Iglesia en conjunto disminuía, y las comunidades cristianas nucleares parecían atrofiadas, con lo cual se estaba apagando la caja

de resonancia del anuncio evangelizador o de cualquier proyecto pastoral. Más de uno, personas y grupos, se habían resignado ante las decisiones rigurosas del magisterio o habían emigrado a causa de la frustración o del escaso interés por los contextos intraeclesiales de reflexión y debate.

Resultado: muchos, si no la mayoría, de los católicos nominales ya no tienen grandes problemas con su Iglesia, porque se han acostumbrado en estos años a regular su relación con el patrimonio católico de la fe, con sus exigencias éticas y con los ofrecimientos religiosos de la Iglesia según sus propias decisiones o según los condicionamientos de su entorno social.

Otros cuidan su pequeño jardín espiritual peculiar, su variante de piedad católica, sin que con ello se sientan en conflicto con las autoridades o con las estructuras oficiales eclesiales.

En fin, la descripción puede ampliarse, cosa que haremos más adelante, pero lo dicho es suficiente como punto de partida para hablar de confusión de la Iglesia en el momento presente. La confusión procede, a nuestro entender, del desarrollo y la confrontación entre sí de varios fenómenos eclesiales que resumimos a continuación.

I. SÍNTOMAS GENERALES DE LA CONFUSIÓN

1. Ensoñación sobre nuestra brillante historia

Un trasfondo común de la sordera al mandato de salida y de los varios intentos de retirada ante la conflictiva situación presente es el recuerdo de la apariencia grandiosa de la Iglesia como fuerza cultural universal y única de Occidente.

La fijación en el ayer de la Iglesia, en su figura, en su brillo, en su universal validez para entonces, es un rasgo característico de los grupos que sueñan con la imagen de la Iglesia del pasado. ¡Aquella Iglesia que sabía trasladar sus convicciones doctrinales a máximas

prácticas y a modelos de comportamiento de forma clara y con una aceptación casi universal en el grupo!

Lo cierto es que, a pesar de blasonar de universalismo, era una Iglesia que prácticamente correspondía a un estrato social pequeño-burgués y rural, donde se vivía la fe sin demasiadas complicaciones. Decía anunciar un mensaje válido para todos y, sin embargo, no se sentía especialmente intranquila por su particularismo confesional, político y cultural, porque se consideraba a sí misma la más numerosa y socialmente influyente.

El efecto de esta ensoñación es la recaída en la cerrazón y actitud defensiva preconiliar. Ello ha sido posible porque la anterior actitud de gueto que dominaba en la Iglesia solo se había superado en el primer posconcilio de forma parcial, no suficientemente radical: muchos dirigentes y responsables eclesiales han retornado a las antiguas mentalidades y a las viejas estructuras. Estas han sido demasiado resistentes, estaban demasiado atoradas como para que el empuje y la voluntad nacidos en el Concilio pudieran imponerse de forma duradera.

2. Miedo al presente adverso

Las opciones misioneras propuestas por el Concilio y reiteradas por el papa Francisco significan aventurarse en el mundo. Lo cual requiere un profundo cambio de mentalidad: para el servicio de la Iglesia a la sociedad, para la solidaridad con los hijos de esta tierra, para el diálogo con los que piensan de otra manera y tienen otra fe, en resumen, para salir del gueto. Ello choca en la vida cotidiana eclesial, con las reacciones de los miedosos persistentes, con los defensores del *statu quo*. Hay que salvarse de lo extraño y desacostumbrado, enderezar la ruta hacia el país que abandonamos y mantenerse en las instituciones católicas acreditadas desde siempre. Así pues, este proceso nace del miedo, de la desilusión ante el fracaso, de la preocupación asustadiza por el Evangelio y la Iglesia.

Desde luego no podemos olvidar ingenuamente que los católicos en nuestra sociedad industrial ilustrada muchas veces son empujados a una existencia de gueto. En diversos ámbitos de la vida pública (política, sindicato, empresa, medios de comunicación, etc.) se está produciendo el atropello de los creyentes, los cuales teóricamente tienen libertad para la presencia pública, pero prácticamente se encuentran apretados dentro de estrechas fronteras. Ante las agresiones a la fe en esos ámbitos se puede comprender que los cristianos tengan la tentación de encerrarse *intra muros* y anhelan una institución que les proteja.

Cuando una buena parte de los responsables eclesiales ante las cuestiones hoy planteadas reaccionan tan fuertemente con actitud defensiva, parece que detrás se esconde el temor a aventurarse de manera libre en el diálogo. Temor de que se abran las puertas al libertinaje, de que se abandonen la disciplina y el orden, de que los ideólogos de izquierdas puedan ser determinantes del pensamiento teológico de forma peligrosa.

Una de las características de la actitud analizada es que en lugar de la solidaridad con la sociedad en que vivimos aparece una especie de resentimiento hacia ella; o incluso se piensa que hay que emprender la lucha en su contra. No se ha comprendido que hoy, cuando la laicidad del Estado es una conquista de la cultura humana y cuando los cristianos a menudo solo pueden dar testimonio creíble por su presencia, esa concepción de las cosas impide el diálogo evangelizador.

En realidad se trata de temor a «la salida» misionera, que supone un diálogo abierto. «¡Así no!», se dice a veces por temor al riesgo. No se percibe que la transformación de la realidad conlleva un largo camino, muchas veces sin resultado, pero que debe asumirse cuando uno está profundamente convencido de ser enviado al mundo por el Espíritu de Jesús, afirma que ahí se encuentra el desafío y la oportunidad evangelizadora y camina a través de las crisis, aunque se cometan errores.

3. Búsqueda de seguridad

Ante el proceso agudizado de modernización de la sociedad, por una parte, y ante la reforma conciliar, por otra, transformaciones ambas que han cuarteado las características específicas del confesionalismo católico, se busca seguridad en la supuesta validez absoluta de la tradición preconiliar. En ella lo tenemos todo. De todo esto debe darse testimonio frente a un mundo que no sabe dónde va y que por sí solo no alcanzará nunca la salvación.

Es este el modelo de una Iglesia tradicional que levanta la cruz para testimoniar que de allí viene la redención, que, aun sin negar todos los valores de la modernidad, la tacha de relativista y secularista. Los cristianos que asumen este modelo se sienten investidos de una misión salvadora única. Por tanto son fundamentalistas y poco abiertos al diálogo.

Dicho fundamentalismo ha encontrado eco en los miedosos ante el empuje de la modernización. Como un «resto de Israel» se mantienen firmes en la demarcación nítida y absoluta de aquellas fronteras que separaron en otra época el «ambiente católico» del mundo de fuera. Tal espíritu de repliegue se apuntala con la idea bíblica de que «Dios es nuestra fortaleza y nuestro baluarte» (cf. Sal 18,2-3).

Muchos dirigentes eclesiales se esfuerzan en mantener el control sobre un espacio que ofrezca seguridad en medio de un ambiente que cambia con gran rapidez. Desean un mundo cristiano claramente delimitado para poder mantener sin discusiones lo que se defiende como pureza doctrinal y se exige como comportamiento obediente a unos miembros a los que no se permite la apertura hacia fuera. Porque «fuera de la Iglesia no hay salvación».

Quienes se dejan llevar por tales miedos experimentan las modificaciones de las estructuras eclesiales o «las novedades» de la teología como abandono, el cambio como inseguridad, y reaccionan necesariamente con el rechazo a la sensación de que todo se tambalea. Para ellos, la aceptación del pluralismo intraeclesial es debilidad, el anuncio adaptado a la época es uniformarse con el mundo,

aceptar la autonomía de la realidad temporal significa permitir que crezca la soberbia de la humana autarquía. Los peligros son la consecuencia ineludible de lo nuevo. Desean retornar a una Iglesia como sistema cerrado, como lugar con claras respuestas vinculantes a las preguntas insistentes de la sociedad. Parecen estar más preocupados por retornar a las certezas ancestrales que por preparar su transición a las generaciones futuras.

Desde una perspectiva histórica, tal reacción es explicable. Es explicable que el catolicismo quiera salir al paso del final de la sociedad industrial moderna y burguesa con los mismos medios que salió al paso del final de la sociedad feudal. Por ello no debe sorprendernos que, en el futuro, el fundamentalismo católico quiera ganar terreno sobre la base de un fuerte repliegue y un radical distanciamiento de la modernidad en su dimensión cultural. Muchos observadores advierten que la deriva fundamentalista en el catolicismo de los últimos años va en paralelo con los fenómenos mundiales de rebelión contra la modernidad en otras religiones.

¿Qué posibilidades de futuro tiene una política eclesial de repliegue hacia el gueto con la separación consiguiente del mundo actual? Este modelo de Iglesia la reduce a una isla lejana, a una fortaleza asediada por todas partes de enemigos de los que defenderse. Tiene inevitablemente como consecuencia la retirada del catolicismo a «las reservas indias», con una orientación de la vida tradicional y fundamentalista y con una existencia de secta marginal que se ha salido de la evolución social. Justamente lo contrario de lo que quiso impedir el *aggiornamento* de la Iglesia realizado por el Concilio Vaticano II.

Ante semejante perspectiva, muchos creyentes se consideran tratados como niños, no valorados en sus capacidades de adultos cristianos y, afligidos por esta situación, no sintiendo ya a la Iglesia como la propia morada espiritual, se alejan de la institución, aunque no del cristianismo como utopía generosa de Jesús.

4. Reactivación del régimen de cristiandad

La corriente analizada en el epígrafe anterior tiene una derivación muy sintomática en un aspecto que comentamos a continuación. Según lo indicado, la falta de adaptación a la nueva sociedad lleva a ciertos grupos a la convicción de que se sufre una creciente presión del ambiente. Para superar tal presión, y al constatar que la disolución del tejido social católico ha llevado a la Iglesia a la pérdida de poder, la institución eclesial busca unirse con otros grupos de poder en la sociedad. Como aliados apropiados es lógico que entren en liza aquellos grupos e instituciones que están igualmente interesados en frenar el cambio social; es decir, los grupos conservadores o incluso reaccionarios. En esta constelación de alianzas se desdibujan las fronteras entre los motivos e intereses pastorales y los sociopolíticos, y se superponen el deseo de mantener la identidad de la misión de la Iglesia y los intereses sociales conservadores. Por eso no hay que entender la construcción de baluartes de la que antes hemos hablado en el sentido de que la Iglesia se blinda contra toda la complejidad del ambiente social, sino de que tiene lugar una resistencia selectiva, específicamente estructurada, según la constelación de las fuerzas sociales que existen.

Aunque el mito del retorno a la llamada «cristiandad» como forma ideal de organización de la sociedad civil no sea alimentado más que por grupos muy minoritarios, sin embargo el objetivo de una parte de la jerarquía parece ser el de rechazar el principio de laicidad en nombre de un modelo ideal de sociedad civil cristiana; en ella, la Iglesia, incluso aunque no tenga una potestad indirecta, como antes se decía, conserva siempre una sólida influencia y asume el papel del mayor poder social.

La argumentación que se aduce es la siguiente. La crisis de los sistemas políticos existentes suscita una fuerte demanda de legitimación ética de los comportamientos colectivos. Pero es un hecho constatable –dicen ellos– que las ideologías dominantes no ofrecen

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO	7
1. Euforia del inmediato posconcilio	7
2. Contestación en el segundo posconcilio	11
3. La restauración	12
4. Expectativas suscitadas, esperanzas y deseos	14
5. Interrogantes en el horizonte	16
LOS MATERIALES DE LA CONSTRUCCIÓN	18
1. EN LA ESTACIÓN DE SALIDA CON VIAJEROS EN SITUACIÓN CONFUSA ..	19
I. Síntomas generales de la confusión	20
1. Ensoñación sobre nuestra brillante historia	20
2. Miedo al presente adverso	21
3. Búsqueda de seguridad	23
4. Reactivación del régimen de cristiandad	25
5. Incomunicación	27
II. Los verdaderos retos	29
1. Se cuestiona la credibilidad de las estructuras eclesiales	29
2. Descubrimiento de una problemática nueva en relación con el mundo	32
3. Esta Iglesia es muy distinta de la del Concilio	34
4. La cara positiva del diagnóstico	36
2. EL DEBATE SOBRE CÓMO INTERPRETAR EL CONCILIO	39
I. Importancia del debate	39
1. Estado de la cuestión: sobre qué se debate	41
2. Hay que evitar reduccionismos	42

II. Primera corriente: se deben aplicar fielmente los documentos aprobados	43
1. Posición de Benedicto XVI	44
2. El Concilio consiste en el corpus de sus decisiones aplicado por Roma	46
3. Críticas al concepto de «acontecimiento conciliar»	
III. Segunda corriente: hablamos de un nuevo Pentecostés .	48
1. La voluntad del papa convocante	50
2. La pastoralidad propuesta por el papa al Concilio	50
a) El pensamiento de Juan XXIII	52
b) Controversia entre los padres conciliares	55
c) Conclusión: un concilio pastoral que es doctrinal ..	56
3. El <i>aggiornamento</i>	59
4. La aportación propia de Pablo VI	61
5. El núcleo del conflicto de las interpretaciones: el Concilio como acontecimiento	62
6. La identidad de la Iglesia se manifiesta a través de la narración de su historia	65
7. La forma de hablar del Concilio: su género literario y su vocabulario	66
3. UN PUNTO DE REFERENCIA OBLIGATORIO PARA LA IGLESIA:	
«EL MUNDO DE HOY»	71
I. La constitución pastoral <i>Gaudium et spes</i> , retrato de un nuevo tipo de concilio	71
1. Trasfondo e intención de la constitución pastoral	71
2. Un concilio ante la humanidad unificada	74
3. Una constitución con un estatuto peculiar	75
4. Discernir los signos de los tiempos	77
II. Tres rasgos característicos del mundo de hoy	79
1. La secularidad	80
2. La autonomía	82
3. El dinamismo	83

III. La Iglesia: su voluntad de diálogo con el mundo	85
1. El diálogo mutuo	87
2. Servicio y enriquecimiento recíproco	90
IV. La herencia permanente de la constitución pastoral ...	92
1. Visión positiva del mundo actual	92
2. Acercamiento comprensivo al fenómeno de la modernidad	93
3. El humanismo cristiano	95
4. Laicidad, no laicismo, de la vida social y política ..	96
5. Una configuración evangelizadora y misionera de la Iglesia	98
4. LA ÉPOCA PROBLEMÁTICA DEL «SEGUNDO POSCONCILIO»	102
I. La crisis posconciliar	103
1. Paralización del proceso de renovación	103
2. Silenciamiento de la teología del pueblo de Dios	105
3. Reforma fallida de las instituciones	108
II. Una singular experiencia de Iglesia que ha de mantenerse	112
1. La convocación conciliar se convierte en destino de la Iglesia posconciliar	112
2. Es imprescindible actualizar el Vaticano II	114
3. Dos mandatos del Concilio que siguen vigentes	115
a) Aplicar el principio de pastoralidad	115
b) Impulsar la reforma permanente de la Iglesia	119
4. Una recepción acrecentadora	121
a) Obra de todos	123
b) Acontecer del Espíritu	124
5. El falso dilema: continuidad o ruptura	126
5. DISENTIR PARA REFORMAR LA IGLESIA	129
I. La compleja realidad del disentimiento	130
1. Su contexto: la crisis eclesial presente	130

2.	Concepciones erróneas acerca del disentimiento	131
3.	Una descripción positiva	132
4.	Dimensión colectiva del disentimiento	133
II.	Reflexiones de carácter eclesiológico	134
1.	Una rápida mirada a la historia de la Iglesia	134
2.	Fundamento conciliar y canónico del disentimiento	137
3.	La contrapropuesta de los «restauracionistas» del posconcilio	139
4.	Argumentación a favor del disenso	140
a)	Los documentos de la jerarquía reflejan una teología concreta	141
b)	Es un deber moral seguir la propia conciencia .	143
c)	La Iglesia se caracteriza por su condición peregrina	144
5.	La peculiaridad de la teología en su posible disentimiento del magisterio	146
6.	Condiciones generales del disentimiento	149
7.	Disentimiento, democratización de la Iglesia, presencia en el mundo	150
III.	Propuestas para la intervención pastoral	152
1.	Es necesario el impulso colectivo de un laicado de conciencias adultas	152
2.	Papel del magisterio: ser acogedor del disenso	155
3.	El disentimiento se ha de verificar no solo sobre cuestiones particulares, sino sobre la pregunta de fondo	158
4.	Actitudes individuales y grupales propias del disenso cristiano	160
IV.	El efecto buscado: reformar la Iglesia para evangelizar .	163
6.	DIVERSOS PROTOTIPOS DE CATÓLICOS EN LA MISMA IGLESIA	167
I.	Una paleta multicolor	167
1.	Los practicantes de toda la vida	167
2.	«Los de la organización»	168

3. Los nuevos movimientos eclesiales	169
4. Los miembros de pequeñas comunidades	171
5. Los militantes de los movimientos apostólicos	172
6. Los heridos en combate y los que vuelven a comenzar	173
7. Los católicos «por libre»	173
8. Los «criptoherejes»	174
II. Una primera reflexión pastoral ante la situación descrita	175
1. Frente al magma, una múltiple oferta flexible	175
2. Interpelación a la presidencia de las Iglesias locales .	176
3. El riesgo oculto del catolicismo difuso y de los «criptoherejes»	177
4. Peligro de elitismo y de huida hacia delante	179
7. ¿QUIÉN PERTENECE REALMENTE A ESTA IGLESIA?	182
I. El hecho de la desinstitucionalización del catolicismo ...	182
1. Telón de fondo: crítica radical de las instituciones	182
2. Causas de esta situación	184
3. Tres efectos de un fenómeno envolvente	186
a) Desacralización de las estructuras eclesíásticas ...	186
b) Distanciamiento y tensión entre religiosidad personal e institución eclesial	187
c) Pertenencia ambivalente y parcial	188
II. Reflexión eclesiológica. Pertenencia e incorporación a la institución eclesial	189
1. La pertenencia a la comunidad primitiva según el Nuevo Testamento	190
2. Origen de los conflictos en torno a la institución eclesial. Problemas no resueltos por el Concilio	193
3. Complejidad del concepto de pertenencia a la Iglesia	195
4. El proceso de incorporación a la Iglesia	198
a) La incorporación a la Iglesia desde la perspectiva de la historia de la salvación	198

b)	Elementos psicológicos y sociológicos en la incorporación a la Iglesia	200
c)	La incorporación «se significa» en el sacramento	202
d)	La incorporación de nuevos miembros interpela a la comunidad	203
e)	Las comunidades de acogida, su diversificación y las etapas de su crecimiento	205
III.	Indicaciones para una estrategia pastoral	207
1.	Tomar conciencia de los retos del presente	207
2.	La identificación parcial con la Iglesia en clave misionera	209
a)	En la vertiente de los efectos eclesiales del anuncio	209
b)	En la vertiente de sus efectos sociales	211
3.	Consecuencias operativas	213
4.	Hacia un catolicismo pluriforme	216
8.	PAPA FRANCISCO: DE LOS GESTOS A LA GESTIÓN	219
I.	Los zapatos usados	220
1.	El sentido de los gestos	220
2.	Dos preguntas ante los gestos	222
II.	El panorama preocupante con que se encuentra el papa Francisco	223
1.	Interrogantes	223
2.	Atasco de problemas	225
3.	La disponibilidad necesaria para abordarlos	227
III.	La gestión. Cómo reparar la casa para que no se nos venga al suelo	228
1.	¿Es una crisis de la Iglesia o una crisis de la fe en Dios?	228
2.	Clave general para las reformas: relectura del Concilio	230
3.	Las Iglesias locales y sus presidentes, los obispos ..	231
4.	La colegialidad episcopal, las conferencias episcopales	234

5. El ministerio de Pedro	238
6. La curia papal	241
IV. Una Iglesia «en salida». ¿Lo conseguirá el papa Francisco?	245
9. OTEANDO EL HORIZONTE: UN CAMINO POR CONSTRUIR	250
I. Fundamentos y criterios eclesiológicos	250
1. Dar a Dios absoluta prioridad sobre la Iglesia	250
2. Centrar a la Iglesia con más fidelidad en la persona del Jesús histórico y en su proyecto de Reino de Dios	252
a) El origen en Jesús como llamada a la conversión de su Iglesia	253
b) El Reino de Dios y la Iglesia en el proyecto de Jesús	255
c) Un rasgo esencial del movimiento iniciado por el Profeta nazareno	256
3. Reemprender la renovación conciliar frenada, no convocar otro concilio	257
4. Impulsar la vida comunitaria	262
5. Configurar «democráticamente» el gobierno eclesial ..	266
II. Compromisos evangelizadores y pastorales	269
1. Una vez más: evangelizar	269
a) En estado de misión	269
b) Mediante un proceso dialogal recíproco y exigente	271
c) Empeñados en la transformación de la realidad ...	273
d) Cumpliendo nuestra tarea profética	275
2. ¿Qué modelo de presencia pública de la Iglesia?	277
3. Optar por los pobres	280
a) Reflexión bíblico-teológica	282
b) La posición del papa Francisco: «Una Iglesia pobre para los pobres»	284
c) Consideraciones de carácter pastoral	287

4. Anunciar a Jesús en condición de minoría	293
III. Un fascinante desafío para las comunidades cristianas .	296
EPÍLOGO	299
«Yo tuve un sueño...»	299
Una fuerza espiritual	300
Una mística de la esperanza	301
BREVE BIBLIOGRAFÍA PARA PROFUNDIZAR	305